

ENEMIGO

INESPERADO

PRÓLOGO

El equipo paramédico entró a la casa como una exhalación; los agentes de policía que custodiaban la entrada se apartaron aún a riesgo de ser derribados. No perdieron ni un segundo cuando vieron el cuerpo ensangrentado de la chica echada en la cama; comenzó el proceso de estabilización. Un segundo equipo entró poco más de tres segundos después para atender al hombre que yacía inerte en el suelo sobre un charco de sangre.

-el pulso es débil, pupilas dilatadas.- dijo un paramédico, mientras pasaba una pequeña linterna por los ojos de la muchacha y chequeaba sus signos vitales. Otro que hacía el procedimiento de rutina preparando soluciones salinas en bolsas plásticas y yelcos con mangueras recordó en ese momento que, sólo dos días antes, cuando recibió su turno, agradeció a la providencia por una semana tranquila; pero no había sido así. Tan sólo el día anterior había tenido que salir de emergencia por un caso de robo a mano armada; había una sola víctima que recibido tres disparos y por un extraño y poco frecuente milagro, ninguno había perforado algún órgano vital. Fue difícil la reanimación, pero ahora el hombre podía contar, mostrando con orgullo las heridas, cómo sobrevivió a tres impactos de bala.

En el pasillo estaba el jefe de los paramédicos hablando con el teniente de la comisión encargada del caso intercambiando sus reportes oficiales para las experticias. El teniente anotaba en su libreta los aspectos más importantes de lo que decía el médico sin dejar de ojear la escena que frente a él se desarrollaba. -...La verdad no está nada claro, tenemos a dos sospechosos, una víctima de arma blanca y una por arma de fuego, ambas armas en posesión de policía como evidencia. El hombre del suelo parecía ser un

abogado o algo así, aún no hemos revisado los documentos que encontramos en su billetera.-

-Ya veo.- replicó el teniente.

-el tipo está limpio, según lo poco que hemos podido averiguar, pero eso no significa mucha cosa en estos tiempos.-

Enseguida tuvieron que apartarse del camino cuando el equipo que transportaba a la muchacha salía de la habitación con rapidez y, más atrás y sin mucho afán, el equipo dos, que llevaba en otra camilla el cuerpo sin vida del supuesto pastor. -Bueno, sea como sea, al menos tenemos a los dos sospechosos vivos.- continuó el oficial, ajustando sus anteojos. -Espero no tardar demasiado esclareciendo este caso.-

Fuera de la pequeña casa, una cacofonía de luces rojas y azules hendía la noche y bañaba de colores a la comisión policial que retenía esposados a dos hombres en la entrada. Los equipos médicos pasaron a su lado a toda prisa y, con la misma prisa, ingresaron por la puerta trasera de la ambulancia.

-se recuperará?- preguntó uno de ellos a la oficial a su lado. Ella parecía distante, mirando a los coches que se iban.

-eso espero!- replicó secamente.

Las ambulancias partieron casi de inmediato, perdiéndose en pocos segundos en la oscuridad. Tan solo el rojizo resplandor de las luces de emergencia y el eco del aullido perduraron unos segundos más.

PAULA

VIERNES, POR LA MAÑANA.

La luz del sol que entraba a raudales por los amplios ventanales de la habitación castigaba sus ojos que peleaban por permanecer escondidos detrás de los párpados. Se puso una almohada sobre la cabeza para intentar prolongar lo inevitable. Incomoda con el resplandor, se colocó de costado y, debajo de la almohada, abrió los ojos al sentir la humedad que rodaba por su entrepierna hasta dar en el colchón.

Había sido una noche agitada.

Se descubrió y se levantó para bajar las persianas; los ojos entrecerrados por la excesiva luz. No le importó pasear por la habitación completamente desnuda, y tampoco la mirada del vecino, que a esa hora cortaba el césped de su patio. Vio divertida el traspié del hombre cuando miró hacia ella con unos centelleantes ojos azules que parecían prisioneros detrás de los anteojos de padre responsable o de reverendo de alguna congregación. Paula no llevaba encima más que su revuelto pelo ambarino sobre una parte del rostro somnoliento y cubriéndole sólo un pecho. Se tardó un poco corriendo la cuerquita de la persiana y, antes de dejarla caer suavemente, le hizo un mohín al hombre, dejándole ver que había advertido el bulto que crecía dentro de sus pantalones.

Afuera, el hombre hizo un gesto severo y continuó su labor.

-vas a matar a ese hombre!- la voz gruesa, un poco ronca y gutural que venía detrás de ella la sobresaltó. -por qué no lo invitas? Parece sólo.-

-No, déjalo- respondió sin volverse. -es religioso; mormón o algo así. Pensé que os habíais largado anoche, John-.

-irnos? Ja- esta vez fue la voz de Will, más suave y algo afeminada, aunque el hombre era más alto que John. -estás loca, cielo- continuó -aún queda una caja de whisky, cigarrillos y mucho de esto.- culminó, agarrándose el entrepierna con una enorme mano justo cuando ella se volvía hacia ellos.

Estaban completamente desnudos.

-me van a matar ustedes a mí- replicó, sentándose en el borde de la cama; la habitación ahora iluminada sólo por la lámpara del techo. -pues no parecías de muerte anoche, linda- dijo Will, quién se recostó en el marco de la puerta con los brazos cruzados, abultando un poco más sus bíceps.

-y ustedes no parecen muy entusiasmados en continuar festejando, chicos.- les dijo, echando una mirada con mueca hacia sus miembros.

Ambos rieron con malicia, se miraron y comenzaron a acercarse como un par de tigres a punto de saltar sobre la presa. Ella se puso de rodillas en la cama, esperándolos; la lascivia dibujada en su cara. Sintió que su sexo se humedecía de nuevo al ver acercarse ese par de ojos que la miraban con deseo primitivo, animal...

PAULA

Paula y Mona estaban muy ebrias cuando salieron del bar, aunque el torrente de adrenalina que hubo después del encuentro con Ray disminuyó un poco los efectos del alcohol, al menos en Paula, porque la notable mejoría que observaba Mona, retrocedió drásticamente en lo que decidieron irse, así que los dos desconocidos se ofrecieron amablemente a llevarlas a casa.

-eh, tíos, que no sabemos quienes son!- protestó Mona, con la lengua echa polvo y un ojo más cerrado que el otro.

-eh! Que tiene razón.- concedió el hombre más alto. -Hola, soy William Morgan- les tendió la mano y mostró una sonrisa de película.

-y yo soy Johnatan Brand.- dijo el otro, haciendo lo mismo.

Cuando partieron de ahí era ya de madrugada, y Mona no dejó de hablar incoherencias en el camino, pero Paula conocía la dirección de su casa.

-no quieres que la dejemos contigo?- preguntó John, que iba al volante.

-no, es mejor dejarla en casa de sus padres, sus hermanos se preocuparán y no me tienen en la mejor estima que digamos- declaró Paula; no hablaba mejor, pero aún coordinaba lo que decía. -siempre creyeron que yo era algo así como una mala influencia, pueden creerlo?- dijo, echándose a reír.

-y... Lo eres?- preguntó William desde el otro asiento. -Eres una mala influencia?- Una alarma se encendió en el cerebro obnubilado de Paula, el que recordó en medio de la bruma alcohólica que los hombres con los que andaban eran unos perfectos desconocidos, aunque se hubieran presentado y la hubieran salvado de Ray. Su semblante se endureció un poco e indicó, cambiando el tema:

-Toma el camino a la derecha, por favor.-

-cómo usted ordene, señorita.- obedeció John, y siguieron el camino hacia el este.

El camino a la casa de Paula duró escasos diez minutos desde la morada de Mona, donde hicieron lo posible por hacerla entrar de la forma más discreta posible, y en los que Paula no dejó de agradecerles haberla librado de ese bruto. Al fin el conocido barrio en el que se encontraba su casa apareció.

-...oigan chicos, lamento haberles estropeado la noche- dijo ella luego de bajar del coche. -me gustaría compensarles.-

-tenemos algunas botellas en el baúl.- dijo Will, señalando hacia atrás con la mano. -si quieres, puedes acompañarnos a algún sitio.- Paula se acercó a la ventanilla para rechazar la invitación un tanto apenada y con una mano tocó el brazo de Will, entonces una especie de escalofrío le recorrió el suyo. Enseguida, y tal vez fue a causa del alcohol, que un cúmulo de ideas locas cruzaron su mente en una fracción de segundo, e imágenes de aquellos dos sementales desnudos la envolvieron en un vapor repentino.

-oigan...- su voz sonó nerviosa de momento. -les importaría acompañarme adentro? Me gustaría tomar un par de tragos con ustedes.- dijo al fin. Will y John se miraron. El primero respondió: -estás segura? Puede que queramos cobrarte.-

-y somos caros- replicó el otro.

-y cómo saben que no podré pagarles?-

La noche había tomado un curso inesperado para Paula, y lo que comenzó como una misión de rescate sentimental, terminó con dos héroes desconocidos en la seguridad de su casa, o tal vez seguridad no era precisamente lo que le rodeaba.

PAULA

El primero en penetrarla fue Will. Paula se complació de que no la tratara como una princesa o una dama. La embistió como un toro furioso y ella se dejó llevar. Saboreaba con los ojos cerrados sentirlo ahí dentro y fantaseaba con el sonido de los testículos de aquella escultura viviente chocando contra sus nalgas. De pronto sintió la cama hundirse a un lado de su cabeza, y al mirar tenía frente a ella un par de gruesos pilares oscuros. Miró más arriba hasta encontrar lo que buscaba: con una mano que parecía minúscula se llevó aquella jugosa mole a la boca, emulando el ritmo que llevaba Will allá abajo. Alzó la vista para mirar, y se regocijó al ver el placer que estaba dando.

John le tomó la cara, apartándose de ella, y enseguida, Will hizo igual. John bajó de la cama y Will subió; obviamente estos dos sabían trabajar en equipo, y al parecer no era la primera vez que lo hacían. Paula se dejó caer en los brazos de la lujuria y fantaseo mil cosas cuando las manos de John se aferraron a sus muslos. Luego sintió que comenzaba a penetrarla poco a poco; el aire comenzó a faltarle mientras él entraba y su falo parecía no tener fin. Fue entonces cuando, con malicioso cálculo, empujó con fuerza, entrando en ella completamente.

Paula no había tenido nunca algo tan grande dentro, y entre el dolor, el placer y los vapores del etíl, su cerebro no encontró una respuesta silenciosa, así que lanzó un profundo, largo e intenso gemido al tiempo que se arqueaba echando la cabeza hacia atrás y con ambas manos apretaba fuertemente las sábanas.

Ahora el pálido miembro de Will estaba frente a ella pidiéndole con sus latidos que le dejara

entrar, y ella así lo hizo. Esta vez era diferente, Will se movía dentro de su boca, y ella se agitaba convulsa mientras John hacía vanos esfuerzos por estarse quieto; estaba intentando no correrse.

Will la tomó del cabello. Paula lo miró desde abajo y supo que acabaría pronto, así que le animó con su lengua y en pocos segundos su boca se llenó con una explosión agridulce y caliente. En ese instante, John no pudo contenerse más y se vació también dentro de ella.

Paula se revolvió, presa de una excitación gigantesca cuando el caliente chorro a presión recorrió sus entrañas y las palpitaciones de John la estimulaban más y más hasta que estalló.

El orgasmo fue ruidoso, explosivo y tan intenso que sintió que la vida la abandonaba, y durante ese momento que pareció interminable, creyó entender por qué sentir aquello tenía que ser considerado pecado.

Ahora Will y John la contemplaban de pie. Ella estaba exhausta, echada boca abajo en la cama con los ojos aún entre abiertos. Pronto se dejaría caer plácidamente en los brazos de Morfeo. Así que ante la borrosa y ya lejana vista de Paula, ambos desaparecieron.

RAY

Los últimos rayos de sol de la tarde lograban bañar aún la cúpula que coronaba la torre central del edificio en el que funcionaba la facultad de derecho de la ciudad. Desde lejos podía verse la imponente estructura de la que otrora fuera una catedral gótica; silenciosa, imperiosa, solemne y fraternal, mas sólo quienes hacían vida dentro de aquellas antiguas instalaciones conocían lo lejos que de ser así era.

-Mira, allá está.- Comentó Raúl a su compañero, como preferían llamarse; desde que supieron que su vocación era el derecho o la política, un acuerdo tácito entre los estudiantes terminó por borrar del vocabulario la palabra amigo.

-Sí, ya lo vi.- Replicó José. -Le invitamos un trago?-

-Para qué?- dijo moviendo los hombros. -Volverá a decir que no.-

-Es lo más probable, pero hay que entenderlo, estamos en períodos de finales, el tío se ha esforzado mucho...-

-Sí, y el miserable de su padre no le permitirá nada menos que la calificación tope.-

-Creo que es un ejemplo que muchos padres deberían dar.-

Los muchachos terminaron acercándose a la choza de estudio; una de tantas que había desperdigadas por todo el campus, y que los alumnos usaban a toda hora del día y de la noche.

-Hey! Qué onda!- soltó Raúl apenas entró en la choza, intentando provocar un respingo que no consiguió. Raúl y José rodearon la mesita

instalada en el centro y se sentaron en las butacas que la rodeaban. -Mi compañero aquí, me obligó a venir hasta acá a ofrecerte un trago a pesar de mis protestas.-

-Y sabían desde que lo pensaron que iba a decir que no, cierto?- concedió Ray sin dejar de mirar el cuaderno de apuntes que había en la mesita.

-Pues se lo dije!- Raúl se acomodó en la butaca y encendió un cigarrillo. -pero no quería ser yo quien hiriera sus sentimientos.- exhaló una bocanada de humo que pareció llenar cada centímetro de la choza.

-Bueno...- dijo Ray, mirándolos con la expresión que podría tener un insecto. -creo que tengo cierta experiencia en el asunto así que...- no dijo nada más e hizo una mueca de falsa impotencia.

Ray parecía ser el último ser humano en abandonar el edificio educativo; había pocos coches en el estacionamiento, la mayoría de funcionarios y empleados administrativos. Las sombras ya se habían apoderado de la ciudad cuando Ray salió del aparcamiento y justo después de tomar el camino hacia la avenida principal, su móvil sonó; contestó sin mirar la pantalla.

-Diga.-

-Hola Ray.- Era Francis. Un tarado de la facultad de medicina. Se habían conocido tiempo atrás en una reunión de la amiguita de Paula, quien se lo presentó como su novio, el tipo nunca le cayó bien, pero tampoco había hecho algo que sirviera de palanca para agregarlo a la lista de enemigos la cual era, a pesar de lo que cualquiera podría creer, aceptablemente corta. -Quieres darte una vuelta por el club del norte?-

-Una vuelta por el club...? Pero de qué coño...?-

-Te llevarás una sorpresita con tu querida Paula.-

-Sabes que no es de hombres el chisme, cierto?- La voz del otro lado se mantuvo en silencio. -El hecho de que tu noviecita no sepa respetar, no significa que las demás sean iguales, Francis, así que no, no tengo ningunas ganas de dar una vuelta por ningún club. Adiós.- sonaba bastante irritado, y golpeó la tecla roja del teléfono como si Francis pudiese sentirlo.

Cuando llegó a la verja que separaba su casa del resto del mundo levantó la mano en la que tenía un pequeño dispositivo remoto, pero antes de pulsar el botón se detuvo. Sabía que no debía, pero no podía sacarse de la mente la llamada del estúpido de Francis; si estaba buscando algo parecido a una palanca para lo que fuera, la había encontrado. Cogió el móvil y marcó un número. Contestaron después de varios timbres.

-ray?-

-Aún siguen pensando en salir a beber?-

PAULA

Era la tercera vez que Paula leía el contenido de aquel desgraciado libro y no lograba entender nada. Sabía que su mente estaba embotada después de una incesante semana de parciales, pero la terquedad y la soberbia le impedían admitir que necesitaba un descanso. Terminó de leer el capítulo y clavó la cara en medio de las páginas, luego se levantó para ir al congelador a beber algo. Su teléfono celular comenzó a sonar en alguna parte, enterrado en el montón de papeles, libros y cuadernos.

-Hola!- respondió apresuradamente luego de encontrar el móvil.

-Hola Paula.- Era Mona, su amiga de la infancia. - Qué estás haciendo?- Preguntó, algo en el tono de Mona le indicó a Paula que algo le pasaba, a pesar de que intentó cubrirlo de jovialidad.

-Pues estudiando, Mona, ya son los últimos parciales.- respondió.

-Nena, no debes tomarte las cosas tan en serio! Cuando mueras, nadie pondrá esas calificaciones en tu lápida, te lo aseguro.-

-Es cierto, pero tendré una lápida de lujo en un bonito nicho.-

-Pues qué lúgubre, prefiero disfrutar mi tiempo viva. Déjate de pensamientos fatalistas y acompáñame a beber algo en el club norte, sí?- Paula miró su reloj, eran más de las ocho de la noche. Se le había pasado el tiempo volando.

-No lo sé, Mona, Esos amigos de tu novio me miran raro y...-

-Seremos sólo tú y yo, Paula.- Le cortó su amiga.-

-La verdad no puedo, Mona, disculpa, aún tengo mucho material que...- Paula se dio cuenta de que algo andaba mal; nunca saldría sin su novio. -Qué pasó con Francis, Mona?- Entonces la voz de su amiga se quebró.

-El maldito!- soltó -Encontré unos mensajes en su celular, eran de la zorra de Marta.-

-Pero sabes que es una zorra. Para qué te molestas?-

-Lo he terminado amiga, ya no volveré a verlo nunca más.-

-Igual que con el anterior?-

-Déjame en paz... Ahora seré lesbiana, y la mejor forma de comenzar es bebiendo con mi mejor amiga, sí?- Paula lo dudó un momento, pero observó en la mesa la pila de información que tenía que asimilar y decidió darse un descanso.

-Está bien, Mona, escucharé tu historia una vez más. Quieres que pase a recogerte?-

-No, estoy en el club ahora, deberías llegar antes de que acabe con el stock de bebidas.- Paula puso los ojos en blanco.

-Está bien, voy para allá.-

El club Norte era un sitio bonito, aunque no muy elegante, que estaba a sólo seis cuadras de la casa de Paula, así que decidió no ir en coche ni vestida para bailar, entonces que se calzó un joggin, una blusa sin mangas, unos deportivos y salió.

JOHN

Era una tarde de ejercicios en el gimnasio del gran centro comercial. Todas y cada una de las máquinas estaban ocupadas y en el ambiente se escuchaba la típica música electrónica que marcaba de forma inconsciente el ritmo a los ejercitantes. En el área de pesas un pequeño grupo de hombres rodeaban el catre de la máquina de pectorales y entre todos coreaban gritos de ánimo para el que de espaldas levantaba una importante cantidad de discos rompiendo alguna marca que los deportistas suelen imponerse.

-UNA MÁS! UNA MÁS!- decían. El hombre echado de espaldas tenía hinchadas las venas de la cabeza por el esfuerzo, y apretaba los dientes tan fuerte que cualquiera que hubiera metido una barra de acero en su boca, con seguridad la hubiera visto doblarse con asombrosa facilidad.

Luego de tomar una ducha, John aún se secaba la cara con un paño mientras se iba a los vestidores completamente desnudo. Abrió su casillero para buscar su ropa.

-Buena marca, John!- le dijo una voz detrás de la pequeña puerta metálica.

-Gracias, Will.- Respondió John, que ya había terminado de vestirse. -creo que vas a tener que poner más esfuerzo para romperla.- Will se echó a reír.

-En serio lo crees?-

-Vamos, no podrás romperla fácilmente; no me importa que en el ejército hayas cargado las piezas de los tanques.- Will lo miró por un

momento, luego hizo una media sonrisa y se acercó a su amigo, poniéndole una mano en el hombro.

-Sabes qué? Te invito un trago, yo pasaré a recogerte a tu casa y vamos a algún antro.-

-Pues claro que sí. Y no creas que me siento compadecido, sabes que te daría una tunda.-

-Qué bueno que somos amigos, no?-

El club Norte recibió a los amigos a eso de las once de la noche. Eran clientes asiduos así que les dejaron ocupar ese lugar en la barra que preferían.

-Lo mismo de siempre, chicos?- un tipo joven se acercó desde el otro lado de la barra. Ambos asintieron y el joven puso un par de botellas frente a ellos. Más allá, hacia el fondo del salón había una chica sola sentada en una mesa; Will la observó y le hizo una seña a John.

-Sí, parece que espera a alguien, no?-

-Mira el reloj cada cinco minutos.- observó Will.

-Siempre hay algún imbécil haciendo llorar a alguna muchacha ilusa, no?-

-Sí, es una lástima.-

-Por los imbéciles.- Dijo Will, levantando la botella de cerveza.

-Por los imbéciles.-

John observó que otra muchacha llegaba y se dirigía a la mesa en la que la primera se había tragado una buena cantidad de licor, no sin antes hacer un breve sondeo de los clientes; reparando apenas en ellos.

MONA

-...Y Quiero que te largues ahora!- Mona gritaba como una desquiciada mientras amenazaba al muchacho con el puño cerrado sobre un aparato celular; el aparato celular de él.

-Pero... es que no entiendes, Mona, no es...-

-Quiero que te calles y te largues, no entiendes?.- Él se acercó a pesar de su rechazo, y la cogió por los hombros, mirándola fijamente.

-Mona, déjame explicarte, si? Las cosas no son como las estás viendo!- Ella se relajó y respiró profundo, recuperando la calma. Abrió la mano y dejó caer el teléfono. Luego habló con lentitud, casi arrastrando las palabras.

-Mira, Francis. Esos mensajes sólo fueron una raya más en el cuaderno, sí?- le dijo, sin resistirse más. -Quiero que me sueltes, recojas tu teléfono y te vayas. Al menos hoy quiero estar sola.- El hombre relajó la presión que ejercía sobre ella y la soltó, finalmente. Luego recogió el aparato del suelo y le dio la espalda, dirigiéndose a la puerta. El silencio que había volvió a romperlo Mona cuando lo detuvo justo en el umbral. -En todo el tiempo que tuviste mientras llegabas a la puerta, no me dijiste ni una sola vez cómo eran las cosas.- Luego Francis terminó de salir y la puerta se cerró tras él.

Pensó que iba a arrancar a llorar, como siempre, pero no lo hizo, y eso le sorprendió. La verdad no sentía ni un poco de ganas de llorar; sí sentía una rabia suprema, y las ganas que realmente tenía era de coger por el cuello a Francis y asesinarlo, pero eso tampoco lo iba a

hacer, así que se sentó frente al televisor y se quedó mirando la programación en el canal que estaba. Se fue hasta la cocina y abrió una lata de cerveza, el sabor le sentó mejor y se colocó de nuevo frente a la tele. Luego de una segunda lata decidió que estar sola no era la mejor forma de finalizar la noche, así que se levantó del sofá, se fue a su habitación, tomó una ducha, se puso ropa ligera y salió a la calle.

Andando por ahí se encontró con las luces intermitentes del club norte, y luego de pensarlo sólo un poco, decidió por fin entrar. Escogió una mesa en el fondo del lugar y pidió un trago, y luego otro, y fue después de un tercero que cogió el teléfono y marcó un número.

-Hola.- Dijo la voz de su amiga al otro lado de la línea luego de tardar bastante en responder.

-Hola Paula. Qué estás haciendo?- Preguntó y Paula le dijo lo que hacía, no se notaba muy entusiasmada.

-Nena, no debes tomarte las cosas tan en serio! Cuando mueras, nadie pondrá esas calificaciones en tu lápida, te lo aseguro.-

-Es cierto, pero tendré una lápida de lujo en un bonito nicho.- le contestó su amiga, no parecía estar de ánimos, lo intentaría de igual forma, tal vez Paula también necesitara compañía, si no quería salir, tenía pensado ir a visitarla.

-Pues qué lúgubre.- agregó Mona -prefiero disfrutar mi tiempo viva. Déjate de pensamientos fatalistas y acompáñame a beber algo en el club norte, sí?- Paula tardó un rato en responder, tras lo cual dijo:

-No lo sé, Mona, Esos amigos de tu novio me miran raro y...-

-Seremos sólo tú y yo, Paula.- Le cortó, a punto de darse por vencida. Paula comenzó a poner

excusas y a disculparse cuando se detuvo súbitamente.

-Qué pasó con Francis, Mona?- La chica no podía entender cómo Paula siempre podía hacer eso, siempre sabía cuando algo le pasaba. Mona no resistió más y le contó a su amiga lo que había pasado, no había sido su intención hacerlo pero al final logró que accediera a hacerle un poco de compañía y evitarle pasar esa noche sola frente al televisor y, tal vez terminar llorando, que era lo último que quería.

-Está bien, voy para allá.- Escuchó que dijo Paula antes de colgar.

WILL

Will bebía su tercera cerveza de la noche. Hablaba con su amigo John; de esto y de aquello como parecía hacer el resto de la clientela. En cierto momento vio que entraban tres tipos trajeados que destacaban sobre el resto de la gente. Vio también que los tres tipos se dirigían directamente a la mesa en la que, al principio, había solo una muchacha sentada, y en la que ahora había dos. Decidieron seguir el espectáculo y, como sospechaba, pasó lo que esperaba que pasara. El hombre que parecía ser el que llevaba la voz cantante quiso abusar de una de ellas, y cuando la otra se levantó para protestar, los dos valientes guardaespaldas del hombre se adelantaron. Tres hombres abusando de dos chicas, eso era todo para él, había pocas cosas que lo cabrearán más; era hora de intervenir. Bajó de su butaca y acabó de un trago la cerveza que bebía. No necesitó decirle nada a John, quien también terminó su cerveza y lo siguió mientras se acercaba como si tal cosa al sitio en el que se desarrollaba el drama, pero no llegaron a tiempo para evitar que el hombrecillo abofeteara a la muchacha, echándola al suelo.

John se adelantó y ayudó a la chica a levantarse cuando el abusador comenzó a parlotear y Will le dio un empujón que lo echó de espaldas sobre sus secuaces, luego se acercó a su amigo que ayudaba a la muchacha cuando vio que los dos gamberros se adelantaron para proteger al cobarde; John había comenzado a intentar mediar palabras aunque su experiencia le decía que era mejor acabar con todo aquello de una vez, pero el

hombrecillo de traje se le adelantó. Sin saber muy bien qué pasó, vio como su amigo saltaba sobre el trío de idiotas y echaba sobre el que tenía más cerca una ráfaga de golpes, era obvio que confiaba en que él se ocupara del otro, como también lo era que el tercero no intervendría, así que dio un salto hacia adelante como un guerrero griego y destrozó de un puñetazo la nariz del tipo. "y estos quienes son? Maestros de escuela buscando pleitos en un bar?" pensó mientras veía a los hombres en el suelo.

Durante la refriega se habían descuidado un segundo, pero ese segundo fue suficiente para que el tercer tipo los eludiera de alguna forma y, sin prestar atención a nada más había cogido a la chica y la zarandeaba. Para Will era el colmo, así que llevó su mano hacia atrás e hizo lo que no había querido hacer desde que se acercó a esa mesa.

Media hora después Will se encontraba en la casa de los padres de Mona intentando dejarla, de la forma más discreta posible, con un hermano. Luego partieron, Will iba sentado en el asiento del acompañante de su propio coche sin imaginar que la noche traería aún más aventuras.

WILL

-...Y cómo es que se conocieron ustedes dos, chicos?- Preguntó Paula mientras daba cuenta del exquisito desayuno que le habían preparado. Ellos se miraron las caras como preguntándose quién respondería. -Eh, no me digan que son pareja...-

-Te parece que lo somos?- preguntó Will.

-Pues claro que sí, pero eh, que no me importa, saben?..-

-Pues no, querida, no lo somos.- terció Will. -Él no es mi tipo, agregó, señalando a John.

-Eh, tío, que si fueras gay ya me habrías echado el ojo.- reclamó, y todos se echaron a reír.

-Fue en un bar.- comenzó John, quien recordaba con claridad ese día en que había salido tarde de la facultad y decidió ir a cualquier sitio a tomar algo, el problema fue que eligió el sitio equivocado.

Era de noche ya, y pudo haber elegido cualquier otro sitio de la cuadra, en la que había alrededor de tres o cuatro, pero tuvo que elegir justo ese. Entró y se sentó en la barra; nadie pareció reparar en él. Pidió una cerveza y pagó de una vez.

-Eh, hombre!- escuchó que decía una voz a su lado; era un tipo que hablaba con otro. -Mira lo que son las cosas, un negro bebiendo una rubia, Se han perdido los valores!.- Inmediatamente John supo que habría problemas, pero no iba a dejar la cerveza sin acabar, así que bebió otro largo trago sin prestar atención a los dos ebrios, pero al parecer, eso fue peor.

-Eh, Tío.- le hablaba ahora a él, pero él decidió hacer caso omiso y seguir mirando la pantalla de televisión que había al frente. La cosa se complicó cuando el tipo se levantó de su butaca y le puso una mano en el hombro.

Will lo veía todo desde el otro extremo, y a punto estuvo de levantarse de la silla, pero no hizo falta. El hombre afroamericano cogió la mano del tipo y aplicó una luxación que lo derribó en menos de un segundo. El compañero se alarmó y se levantó también, saltando como un resorte sobre el negro, pero para su infortunio, lo único que hizo fue ir a poner su pálido cuello en la mano abierta de aquel que intentaban importunar. La pelea había acabado. El tío intentó levantarse del suelo pero fue interceptado por un gigantesco pie envuelto en una pesada bota; Will podría jurar que escuchó los huesos del hombre crujir. Luego de lo que pareció una eternidad, el negro los soltó, y ambos se fueron corriendo como perros asustados. Will se quedó donde estaba; pero sabía que por más rudo que uno fuera, lo más inteligente sería irse de ahí.

No sucedió así.

Lo cierto fue que John se quedó en el bar y pidió un par de cervezas más, y parecía estar esperando lo que pasó después: los dos granujas entraron por la puerta junto a tres tipos más.

La trifulca duró un poco más que la anterior; con el mismo resultado. Aunque John atacó bien, eran demasiados para él sólo. Primero dejó que uno de los tipos se le acercara y en lo que lo tuvo al alcance de la mano lo cogió por el cuello de la camisa y lo lanzó sobre alguno de sus compañeros,

poniéndolos fuera de combate por lo menos un par de segundos, segundos que utilizó para enfrentar a los otros tres, pero los otros tres no estaban ebrios y coordinaban mejor sus movimientos. Fue entonces que Will decidió intervenir. Saltó de la butaca en dirección a John al ver que tenía a dos de ellos encima; uno había logrado desequilibrarlo golpeándolo a traición y los otros dos aprovecharon de patearlo en sus flancos; John sólo podía bloquear la lluvia de golpes esperando un espacio para atacar. Will cogió a uno por los hombros y las piernas levantándolo en vuelo y lanzándolo lejos, así la lluvia de golpes disminuyó. Luego derribó al otro de una brutal patada estampándolo ruidosamente contra la barra, dejándolo en el suelo rodeado de trozos de cristal.

Entonces todo quedó en silencio.

John tenía a uno de ellos preso en una llave, y los otros dos a los que derribó primero estaban a la expectativa, mas decidieron abandonar la empresa de inmediato.

-Ya puedes soltarlo, amigo.- recordó Will que le dijo, y John así lo hizo; el hombre salió corriendo despavorido sin importarle dejar a sus otros amigos inconscientes en el suelo.

Ambos se estrecharon las manos y decidieron irse a otro sitio juntos.

-Y esa es la historia de nuestro amor.- Agregó John al relato de su amigo.- Todos se echaron a reír de nuevo. Al día ya no le quedaba mucho tiempo para ser reemplazado por la noche, y decidieron quedarse un rato más. También les tocaba a ellos averiguar la historia de ella,

aunque ella asegura que de interesante no tenía ni un punto.

RAY

Ray había cerrado ya el libro de finanzas internacionales cuando el teléfono sonó. Lo pensó un poco antes de contestar; la última vez que lo había hecho le había ido muy mal. Decidió levantar el auricular cuando pensó en algo qué decirle a Francis si era él quien estaba del otro lado de la línea.

No lo era.

La voz que escuchó fue la de su compañero de tesis.

-Ah, eres tú, qué pasa?- dijo sin mucho ánimo.

-Tenemos que discutir los detalles de la presentación, sabes? Estás bastante distraído, Ray.-

-No estoy distraído, imbécil, conozco perfectamente los malditos detalles de la presentación.-

-He! Tío! Cálmate, sí? Los problemas que tengas con tu noviecita no tenemos que pagarlos los demás.- Ray no podía creerlo.

-Los rumores son rápidos, eh?-

-Claro, ya vinieron tus dos amiguitos a mi casa a contarme que tu Paulita te metió en un lío.- Ray respiró profundo, hacía bastante rato que había decidido restarle importancia al asunto de Paula y mandar todo a la mierda; lo único que tenía que abarcar toda su energía era la presentación de esa tesis.

-No estoy metido en ningún lío, me escuchaste? Y Paula ya es historia, que se revuelque con quien

le de la gana; tengo cosas más importantes en qué pensar.-

-Pues ya lo creo que sí.- Hubo una pausa en la que ninguno de los dos parecía saber qué decir.

-Bueno, vas a venir? O no. Ya tengo listas las diapositivas.- agregó el otro al fin. Ray respiró y contestó al fin después de mirar su reloj.

-Está bien, voy para allá.-

Del otro lado del pueblo, John y Will se despedían de su doncella en peligro. Habían acordado verse de nuevo sin que hubiera ningún idiota al que golpear.

-Aunque a veces es bueno practicar, no crees?- comentó John.

-Creo que estoy de acuerdo.- concedió Will. Todos estaban en el umbral de la puerta. Ambos hombres salieron de la pequeña casa y se subieron al coche, Paula sólo vio las manos de los chicos que salían agitándose de las ventanillas mientras el coche se alejaba hacia la calle.

Ya en la avenida principal, Ray conducía a velocidad promedio mientras se visualizaba en el auditorio del campus haciendo la presentación de su tesis; casi no prestaba atención al camino. Disminuyó la marcha y salió de la avenida para entrar en los suburbios; los faros altos de otro coche le hicieron entrecerrar los ojos y hacer cambios con sus faros para pedir al otro que pusiera las luces bajas.

No lo hizo.

Cuando ambos coches se cruzaron Ray quiso mirar la cara del imbécil que conducía, y entonces todo pareció ir en cámara lenta al reconocer de inmediato a los dos maricas que andaban con Paula

la noche anterior. Reprimió el impulso de detenerse y virar para perseguirlos, así que se limitó a fruncir el entrecejo y sentirse frustrado hasta decidir que no valía la pena y que debía volver a enfocarse en lo que realmente importaba.

JOHN

Will conducía despacio por la vía poco transitada. El alumbrado público era bueno; si no se equivocaba, las elecciones estaban próximas. Había que estar atento, porque aún había baches en ciertos tramos. John, que iba en el asiento del acompañante notó que Will estaba distraído en el paisaje urbano y no quiso interrumpir sus pensamientos, probablemente aún saboreaba la fragancia de Paula que seguramente, como a él, se le había quedado impregnada en su cuerpo. Bueno, él también podía crear su propia película, y ya que su compañero estaba ahora en otro mundo, él decidió sumergirse en el suyo, así que intentó repetir en su mente la aventura de la noche anterior. El recuerdo comenzó en el club cuando vieron a la otra muchacha, Mona, sentada sola en la mesa. Si hacía un esfuerzo, podía sentir el calor del ambiente, escuchar la música de fondo y hasta el sabor amargo de la última cerveza que bebió allí. Continuó casi en tiempo real con la serie de eventos, como si estuviera aún allí presente, incluso se regocijó cuando golpeó a ese pica pleitos abusador y lo vio tirado en el suelo. Siempre le había gustado eso de repetir mentalmente las escenas más deliciosas de sus aventuras, podía incluso volver a vivir escenas de su infancia si así lo quería, pero la verdad era que prefería las aventuras que le habían ocurrido después del bachillerato. En el momento en el que, aunque con los ojos abiertos se veía a sí mismo saliendo del club con Will y las dos chicas, se preparaban para tomar la avenida principal, un trozo de realidad vino a hacer pedazos su recuento mental: Un sedán negro que venía en dirección contraria se cruzó con ellos y John descubrió que un rostro familiar iba al volante.

Devuelto al mundo real lamentó tener que devolver también a su amigo, pero era realmente importante.

-Will!- dijo, había tensión en su voz. -debemos volver.-

-que?- replicó Will, confundido.

-con Paula!- apremió.

-Con Paula? Pero por qué?-

-no estoy seguro, Will, pero me pareció ver al tal Ray en ese coche que pasó.- dijo volviéndose en el asiento para intentar ver, pero ya el coche era irreconocible en la oscuridad; tan solo un par de faros rojos alejándose era lo que podía atisbar.

-quién es Ra... mierda!- Will captó lo que quería decir John y asintió, así que aceleró el coche y se situó a la izquierda de la vía para tomar el retorno que había cuatrocientos metros mas adelante.

PAULA

Aún estaba recostada de la puerta. No sabía cuánto tiempo había estado ahí, así como tampoco podía creer lo que había hecho. Se puso las manos en la cara, pero no podía dejar de sonreír estúpidamente. Al fin decidió moverse y cogió una de las sillas de plástico que había en la cocina y se sentó, mas luego se levantó y fue a la despensa por un vaso pequeño, necesitaba un trago; estaba inquieta. "no puedes contarle esto a nadie, oíste? A nadie" se dijo, y se había querido convencer de no hacerlo, pero en ese momento, su teléfono celular sonó en alguna parte. Cuando halló el aparato, la llamada se había perdido. Era Mona. Esperó y, como sabía, volvió a sonar, esta vez contestó. Por supuesto que lo primero que hizo, incluso antes de saludarla fue preguntarle por los dos príncipes de la otra noche.

-Príncipes?- se burló. -Estoy segura que escuché que habías dicho que eran secuestradores.-

-Bueno, y qué esperabas que dijera! Tenía que poner algo de resistencia, no?- se defendió, mas no dejó que su amiga replicara, así que agregó: -y algo me dice que tú no opusiste mucha resistencia, o sí?- Paula no pudo evitar una risita -Eres una perra, lo sabes? Y de paso egoísta! Me dejaste en casa de mis padres y no sabes el lío que me hicieron. En estos momentos te odio!-

-Oh, Mona, lo siento. Perdón por eso, pero estabas muy borracha.-

-Bueno, bueno, ya, te perdonaré si me cuentas qué hiciste después de que me abandonaras con mis padres.- Paula cogió la silla de plástico de la cocina y se la llevó a la sala mientras hablaba con Mona, e iba a ponerse cómoda para contarle todo sin importarle lo que pudiera pensar cuando un ruido la alarmó. De pronto escuchó que la puerta se abrió y se maldijo por no haber pasado el cerrojo después de despedir a Will y a John. Se volvió hacia la puerta, aunque sabía que era

demasiado tarde, y la figura de un hombre apareció ante ella. Se quedó de piedra al encontrarse con aquel hombre que la fulminaba con la mirada.

Dejó caer el teléfono al suelo y corrió a su habitación.

WILL

-viejo, algo anda mal.- dijo Will, más para si mismo que para John cuando, al avistar la casa, notaron que la puerta estaba abierta.

-maldición!- replicó John, bastante azorado; su pulso se aceleró. Miraron, pero no vieron el sedán negro por ninguna parte, algo definitivamente pasaba. Bajaron del vehículo y apenas le dio tiempo a Will apagarlo, pero no cerrar las puertas. Corrieron hacia la entrada de la casa sin saber qué iban a encontrar. Fue entonces cuando escucharon los gritos.

-AAAH!- era Paula, sin duda, estaba en aprietos. -PECADORA!- gritaba una voz de hombre furioso. -CONTAMINAS NUESTRA COMUNIDAD! NOS CONDENARÁS A TODOS!...-

Como impulsados por resortes, John y Will entraron a la casa a toda prisa. Dejaron atrás las sillas regadas; Will reparó en el teléfono móvil de Paula tirado en el suelo, lo levantó y sacó su pistola para lanzarla hacia John.

-Ve por ella.- Apremió. -Llamaré a la policía.- John amartilló el arma y se adelantó corriendo hasta la habitación. Al mirar dentro, se encontró con la dramática escena que no querría, pero no podría dejar de revivir con espantosa claridad por muchísimo tiempo: un hombre a horcajadas sobre Paula que profería a gritos acusaciones e insultos y, horrorizado, vio cuando el sujeto sacaba un cuchillo cubierto de sangre del cuerpo de la muchacha y lo levantaba dispuesto a hundirlo de nuevo.

Una explosión sorda pareció detener el tiempo y todo quedó en silencio. El hombre, aún con el cuchillo en la mano se giró con esfuerzo por el dolor que luchaba por paralizarle, y logró ver el cañón humeante que le apuntaba. John no reconoció a aquel tipo que le miraba con el rostro desencajado a través de unas gafas de gruesa montura y que se empeñaba en sujetar el cuchillo. Aún dudando, pero con el pulso firme, tiró nuevamente del gatillo y al segundo siguiente vio al atacante caer de espaldas sobre el borde de la cama y de ahí aparatosamente al suelo, formándose debajo y poco a poco un pozo negruzco cada vez más grande. Will apareció tras John, y se quedó atónito al ver la sangrienta escena. En su mano sostenía el móvil de Paula en cuya pantalla aparecía: 911. Llamada finalizada. 00:36.

JULIO

La quietud de la noche fue hecha pedazos por las luces y el ruido de las ambulancias; segundos después, la policía hizo también acto de presencia con su barullo habitual. Julio Cortez conducía una de las tres patrullas que fueron asignadas a cubrir la emergencia. Enseguida bajó del coche dejando encendidas las luces estroboscópicas y las puertas abiertas.

-Lista Ramirez?- preguntó a su pareja; sus órdenes fueron las primeras en ser dadas: entrar y arrestar a cualquiera que no estuviera en el suelo en estado de inconsciencia.

-Lista!- contestó la muchacha.

-Vamos!.-

Él oficial Cortez y la oficial Ramirez entraron a la casa, pistola en mano y teniendo cuidado con el personal médico que iba y venía, para encontrar y detener a los sospechosos. Y así fue como encontraron a Will y John en la escena, y terminaron esposándolos y dejándolos en un rincón del corredor de la casa custodiados por la oficial Ramirez, que era la novata del equipo. Luego de lo que pareció una eternidad, pero que en realidad fueron pocos minutos, Will, John y Ramirez vieron salir como saetas al primer equipo médico, el que llevaba a la muchacha inmovilizada en una camilla.

-se recuperará?- preguntó Will, y sin oír la respuesta de la oficial, su mirada se encontró siguiendo las luces de la ambulancia que se alejaba.

Julio dejó a Ramirez con los sospechosos mientras inspeccionaba el área en busca de algo fuera de lo común, información que regularmente ayudaba a esclarecer cualquier discrepancia que pudiera presentarse en las futuras declaraciones ante la corte. Vio que los otros oficiales de azul aseguraban el perímetro dejando espacio para que

el equipo paramédico trabajara sin obstáculos tanto en el área como en el camino hasta los hospitales. También observo cómo, de forma progresiva, el vecindario fue llenándose de curiosos que seguramente escucharon los ruidos y vieron las luces, y se apresuraban a asomarse por las ventanas y puertas para tener de que hablar por la mañana. Otros dos oficiales fueron asignados a la tediosa misión de mantener a raya a los más intrépidos y, por último, otros dos tenían la misión de acordonar el área.

Aún dentro de la escena del crimen, el comisario de la policía del estado y el jefe del equipo médico compartían información para una mejor resolución de aquel macabro suceso. Pronto, pero sin el afán del anterior, salió el segundo equipo y ambos se hicieron a un lado para dejarles paso.

Paula ingresó con el pulso débil y las pupilas dilatadas a las instalaciones del hospital público central. El esfuerzo del personal médico logró estabilizarla en el último minuto, arrancándola de las garras de la muerte, la que tuvo que devolverse a sus oscuros dominios con las manos vacías; ya llegaría el momento de que se la llevara, pero no ahora, era el consuelo de los galenos. Mona fue a verla ese mismo día, Ray, la semana siguiente. Mona volvió día tras día sin poder verla hasta que fue trasladada a una habitación; lloraba de alegría al ver a su amiga con vida y estable después de que le informaran la causa que la hubiera llevado a la habitación 112 del hospital tras salir de terapia intensiva.

-...Y te duele?- preguntó cuando se produjo ese silencio incómodo que dejan las preguntas de rutina.

-Sí, amiga, mucho. Incluso con los analgésicos.- respondió, luego, después de una pausa, pregunto:

-sabes algo de los muchachos?-

-de los secuestradores?- contestó con media sonrisa. -Están en prisión, Paula. Pero no te

preocupes, con tu testimonio saldrán enseguida y sin problemas.-

-Y el hombre...-

-Está muerto, Paula. Ya no le hará daño a nadie. Tus amigos no tuvieron opción.-

Julio Cortez entró a la habitación luego de golpear la puerta suavemente. Paula no lo reconoció. Mona tampoco. El hombre sacó de su billetera una placa policial.

-Hola, disculpen, mi nombre es Julio Cortez, estuve ahí el día del atentado.-

-Ah, entiendo, quiere interrogarme.- El hombre se acercó un poco más, disculpándose con un gesto.

-Eh, no, señorita, sólo quisiera corroborar la historia de los muchachos que dispararon contra el señor Rispoli. De esa forma podrán salir libres lo antes posible.- Paula hizo una mueca de dolor cuando intentó acomodarse en la cama; Mona intentó ayudarla pero ella la detuvo con un gesto.

-Está bien, señor Cortez. Haga sus preguntas.-

EPÍLOGO

-...Tadeo Rispoli- decía el comisario de la policía ante el director del departamento al tiempo que dejaba frente a él un sobre que contenía el documento que envió el departamento forense. -Así se llamaba.-

-El pastor? Qué te parece...!-

-No me sorprende, la verdad. Esos tipos están locos en su mayoría.- el comisario se arrellanó en su silla, no le tenía ni siquiera un poco de aprecio a los pastores de las iglesias. -Y este no era de los que escuchaban voces o veían ángeles que le decían cosas, no, este era famoso por hablar directamente con Dios, por eso su congregación era tan numerosa.-

-Sí, conozco la reputación del dichoso pastor... No se lo tomará bien la comunidad, sobre todo por la reputación de la chica.-

-No va a ser sencillo.- puntualizó el comisario, levantándose de la silla. El director decidió abrir el sobre. Era la reconstrucción del caso hecho por el detective asignado.

El pastor Tadeo Rispoli era un respetado pastor de la comunidad, que unía a su congregación religiosamente todos los domingos a las ocho de la noche en un anexo construido en la parte trasera de su casa; dicho anexo había comenzado como un pequeño recinto de seis metros por nueve, pero hoy era una instalación enorme dotada con más de sesenta asientos y un podio para las ceremonias. Parece que la negativa de la muchacha de su casa vecina a integrarse a la comunidad religiosa eran los temas favoritos del señor pastor en las

reuniones, dejando clara una fijación cercana a la obsesión con ella, según declaraciones de otros vecinos, los que también declararon haber visto a la susodicha dejando entrar a su novio a su casa y no lo veían salir hasta el día siguiente, y a veces se quedaba por más tiempo.

-Creo que esa comunidad es una horda de chismosos.- Sentenció el director mientras leía el documento.

-Estoy de acuerdo, señor.- Convino el comisario.

Tadeo Rispoli estaba arrodillado ante el altar orando por su alma y por el perdón de sus pecados; los que había cometido y los que estaba por cometer. Se levantó y cogió de la mesa del altar el cofre, y de este la daga. La bendijo, la guardó en la vaina ornamentada y salió. No podía soportar una oveja negra dentro del rebaño; el libertinaje y el desacato a las leyes del señor eran peor que una enfermedad. Pero la gota que derramó el vaso fue el desvergonzado intento del demonio en tentarlo usando el cuerpo de aquella muchacha como arma, y la peor parte fue que logró que su cuerpo reaccionara de la forma en la que lo haría cualquier mortal, y eso le enfureció de tal forma que se sintió doblemente atacado. El demonio lo había logrado, ya no era puro, y él tenía la responsabilidad de limpiar todo rastro de impureza.

Vigiló la casa del demonio hasta que los dos visitantes decidieron dar por terminadas las ofrendas de carne al amo del inframundo y retirarse, dejando sola a la representante de las tinieblas. No esperaba poder completar su misión, pero si era su destino hacerlo, en el camino encontraría los obstáculos apartados de él por la mano del señor, y así fue como puso la mano sobre

el pomo de la puerta y esta se abrió sin resistencia alguna. Era una señal.

Ella estaba ahí de pie, de espaldas, y enseguida se le acercó con sigilo pero sin intención de sorprenderla, no se veía tan alta ahora. Ella se volvió sorprendida; cobardemente corrió a esconderse, pero no podía huir de la justicia de los cielos, así que la persiguió con el arma sagrada en la mano, la acorraló en el mismo lecho en el que el pecado aún se podía oler, la empujó y se subió sobre ella, inmovilizándola a pesar de que las fuerzas demoníacas actuaban sobre su cuerpo de mujer. Rezó una oración por su alma y por la de ella y se dispuso a cumplir con los designios que el señor le había impuesto.

Hundió el puñal en el cuerpo que el señor había creado y vio cómo una parte del demonio comenzaba a abandonarlo, liberándolo de aquella vida de esclavitud, lo hundió de nuevo y esa vez escuchó el aullido malévolo del ente, pero el demonio es fuerte, y logró detenerlo antes de asestar el golpe final. Sentía que las fuerzas lo abandonaban, pero quería ver el rostro de aquel que lo convertiría en un mártir, así que pidió fuerzas al creador para ver a su enemigo a los ojos.

Entonces lo vio y su alma se llenó de paz, moriría como un guerrero.

El demonio tenía el rostro de un dragón de acero, y de sus fauces emanaba aún el humo que parecía provenir de las profundidades hirvientes del infierno. Detrás del dragón había un guerrero, como él, y como él también obedecía ordenes de un ser superior, y lo respetaba. Pero había llegado

tarde, su misión estaba completa. Era hora de irse a encontrarse con su creador, sabía lo que le aguardaba en el más allá y estaba ansioso por marcharse. Vio que el dragón abrió sus hediondas fauces y sintió que un dolor inhumano le atravesaba, era algo inexplicable, agónico, entonces supo que era el final. La oscuridad y el silencio comenzaron a envolverlo y luego todo fue paz.